

Sobre la Historia Natural de la Destrucción, de Winfried Georg Sebald. Publicado en la colección quinteto, editorial Anagrama, Barcelona, 2003, 158 páginas.

Dr. Pedro Musalem Nazar.

Sobre la Historia Natural de la Destrucción, de W.G. Sebald, es un libro basado en las conferencias que el extinto escritor alemán pronunció en 1997, en Zurich, y que llamó Luftkrieg und Literatur, es decir, Guerra Aérea y Literatura (título que evoca el de Enfermedad y Literatura, una crónica breve escrita por el chileno Roberto Bolaño poco antes de morir, autor sobre el que volveremos al final de esta reseña).

A través de una combinación de historiografía y crítica literaria, Sebald se dedica a especular acerca de la compulsiva y casi unánime represión que afecta la memoria colectiva de lo que significó ser ciudadano en alguna de las 131 ciudades alemanas que fueron objetivo de la guerra aérea, en especial aquellas como Hamburgo, Berlín, Munich o Colonia, arrasadas por las áreas bombing o “bombardeos en alfombra” (solamente la Royal Air Force arrojó más de un millón de toneladas de bombas; resultaron unas 600 mil víctimas civiles), un tipo particular de guerra aérea que, por lo demás, y como nos lo recuerda Sebald, fue primero diseñada y utilizada por los nazis en ciudades como Guernica, en el país Vasco, antes del comienzo de la guerra.

El autor documenta la magnitud de la industria de bombardeo inglesa, una máquina que se alimentaba a sí misma de modo ciego, y cuyo funcionamiento tuvo poco que ver con metas o estrategias racionales (ya que, como argumentó Albert Speer en un párrafo de sus memorias glosado por Sebald, una vez comenzada la guerra aérea aliada sobre el Reich, con unos pocos meses de bombardeos destinados a paralizar la industria y a cortar el flujo de combustibles, hubiera bastado para ganar la guerra) sino que más bien se trató de la “fascinación del poder en su forma más

pura, más intensa en cuanto más víctimas acumula” –en el decir de Canneti, del que Sebald se apropia también para urdir la trama polifónica del libro que reseñamos. “Destrucción total” fue la consigna implícita de los altos mandos ingleses –apoyados a partir del 43 por los norteamericanos–, y la estrategia se llevó adelante pese a que, después de cada raid, 60 de cada 100 tripulantes ingleses no regresaban a casa, y a que los bombardeos absorbían hasta un tercio del total de la producción bélica británica.

Pero el centro de la obra gira en torno del estupor y de la incapacidad de hablar de los propios alemanes. Sebald examina las obras literarias que se refieren a la aniquilación (hubo incluso una llamada literatura de las ruinas, que agrupó a varios autores alemanes), apuntando que, en general, al igual que en los trabajos de los historiadores, ellas tienden, hasta los días de hoy (en realidad fines de los 90, cuando Sebald trazó esta reflexión, pero probablemente en 15 años las cosas no hayan cambiado mucho), sobre todo, a “sanear o apartar un conocimiento inconmensurable para la razón normal”, no haciéndose cargo de la que sería, según el autor, la crucial tarea de intentar “comprender mejor la asombrosa capacidad de autoanestesia de una comunidad que, aparentemente, había salido sin daños psíquicos dignos de mención de aquella guerra aniquiladora”.

Sebald ofrece aquí algunas reconstrucciones panorámicas del efecto de los bombardeos, elaboradas con el interés explícito de incrementar la legibilidad de las memorias individuales de los sobrevivientes de la catástrofe, cuya experiencia directa de la misma, en el decir de Sebald, “tuvo que producir forzosamente una

sobrecarga de la capacidad de pensar y sentir de los que consiguieron salvarse”. Por lo mismo, “los relatos de testigos aislados tienen sólo un valor limitado y deben completarse con lo que se deduce de una visión sinóptica”. Así por ejemplo, en la descripción de la tormenta de fuego desatada en pleno verano de 1943 sobre la ciudad de Hamburgo, señala que las llamas alcanzaron más de dos mil metros de altura, formando corrientes internas de hasta 150 kilómetros por hora, que arrancaron de cuajo árboles y fachadas, como un huracán.

Como se dijo, el libro combina varias formas narrativas, incluyendo historiografía (la que resulta de la investigación personal llevada a cabo por el autor, a quien el tema inquietó desde la niñez y permea el conjunto de su obra escrita) y crítica literaria –referida esta última a autores alemanes de la posguerra.

En su análisis de la literatura alemana de ficción de la posguerra dedicada a estos temas, el autor se encuentra con que las obras se sirven de un código en gran parte idéntico al del mundo intelectual fascista, como ocurre por ejemplo en la novela *Die Stadt hinter den Strom* (La ciudad detrás del río) de Kasack, donde “millones deben morir para dejar espacio vital a las almas de los reencarnados del ámbito asiático y del círculo de occidente”. Pero hay excepciones, obras excepcionales ante todo por un esfuerzo de objetividad que se abstiene de incurrir en lenguajes mistificadores. Entre estas excepciones, Sebald coloca la novela *Der Untergang* (La Caída), de Hans Erich Nossack, *Der Engel Schweg* (El ángel callaba), de Heinrich Böll, así como también los artefactos semi-ficcionales de Alexander Kluge.

Sebald se interesa también por aquellas obras que fueron preparadas pero nunca escritas –otro síntoma de la inconmensurabilidad de la tarea- y en este ámbito, atento a captar aquellas imágenes que puedan estimular una reflexión moral, espiga, entre las notas que elaboró el germanista Hans Dieter Schäfer para un tratado sobre la destrucción de Berlín que nunca llegó a ver la luz, observaciones debidas al testigo presencial Lutz Heck, sobre el Zoo de Berlín, una noche en que “bajo trozos de cemento, tierra y fragmentos de cristal...los cocodrilos se deslizaban en el agua de un pie de profundidad, o descendían reptando la escalera de visitantes, mientras, por una puerta arrancada de sus goznes, al fondo, se veía el resplandor del incendio de Berlín, que se hundía”. O imágenes desde el diario de Friedrich Reck, disidente político alemán muerto de tuberculosis en Dachau poco antes del fin de la guerra, y que durante su anterior periplo como fugitivo del Reich, observó caer, en la confusión de un tren saturado de refugiados, desde la maleta de una

sobreviviente del bombardeo de Hamburgo, el cuerpo calcinado de un niño de corta edad –conducta no infrecuente entre las sobrevivientes, según testimonio de una enfermera del Reich entrevistada por Sebald varios años después de la guerra.

Sebald se detiene también a estudiar biografías y cartas privadas de ciudadanos comunes, llegando a la conclusión de que deberíamos sospechar que hubo “una relación entre la catástrofe alemana ocurrida bajo el fascismo de Hitler, y la regulación de los sentimientos íntimos de las familias pequeño burguesas” de ese período. Familias que toman el té en sus terrazas con vista a la ciudad destruida, señoras que riegan plantas o barren el piso ante horribles ruinas, entre otras estampas de las que Sebald va coleccionando, y que le permiten, sobriamente, y sin asomo de ironía, comparar a los seres humanos con esas colonias de insectos que, ante alguna catástrofe (la destrucción del hormiguero, por ejemplo) continúan sus rutinas habituales.

En cuanto a la explicación del “milagro económico alemán” de la posguerra, y a la zona de influencia de la economía alemana –que ocupa hoy, casi punto por punto, el área ocupada por la Wehrmacht en 1941- señala Sebald que, junto a las inversiones de reconstrucción del Plan Marshall (reconstrucción que “orientó a la población exclusivamente hacia el futuro, y la obligó a callar sobre lo que había sucedido”), el inicio de la Guerra Fría y un “desguace de instalaciones industriales anticuadas, realizado con brutal eficiencia por las escuadrillas de bombarderos”, deben ser consideradas también la “indiscutida ética del trabajo aprendida en la sociedad totalitaria, la capacidad de improvisación logística de una economía acosada por todas partes, la experiencia de movilización de la llamada mano de obra extranjera y la pérdida...de la pesada carga histórica que, entre 1942 y 1945, fue pasto de las llamas”, siendo el catalizador determinante del “milagro económico”, según el autor, una necesidad de movimiento incesante, un desasosiego permanente, una “energía psíquica cuya fuente es el secreto por todos guardado de los cadáveres enterrados en los cementos de nuestro Estado”.

Sobre la Historia Natural de la Destrucción es un texto difícil y que tal vez resulte, para nosotros los chilenos, o todavía mejor, para nosotros, latinoamericanos –que en décadas recientes atravesamos también por traumas colectivos asociados a regímenes fascistas, sobre los que solamente ahora se ha comenzado a reflexionar públicamente- iluminador. Digo que es un texto difícil porque se trata de una prosa apretada -158 páginas apenas, incluyendo bibliografía- y meticulosa, que va trazando, a través de un vasto entramado de

observaciones concretas, una reflexión moral que desborda el ámbito de lo literario.

Y si, tras esta experiencia de lectura, volvemos la mirada hacia Chile, podemos evocar La literatura nazi en América, de 1996, donde Roberto Bolaño imagina una serie de biografías de escritores comprometidos con las diversas configuraciones fascistas del continente, o Estrella Distante, del mismo año, donde nos cuenta la historia de un poeta y piloto de la FACH, que resulta ser, también, un eficaz agente de la DINA, o Nocturno de Chile (del año 2000, y que su autor inicialmente pretendió llamar Tormenta de Mierda)-, donde hay un cura ilustrado que le da clases de marxismo a la junta de

Pinochet (interesada en conocer mejor el pensamiento del “enemigo interno”) en la casa de Lo Curro, y veladas literarias en una mansión del barrio alto donde, en medio del cóctel, las luces del salón bajan brevemente de intensidad porque el dueño de casa, mientras su esposa se ocupa en servir tragos a artistas e intelectuales, tortura, mediante electrocución, a disidentes políticos en el sótano.

Imágenes desde una literatura moralmente comprometida, acuñadas para conjurar un futuro donde -en el decir de Kluge, citado por Sebald en el libro arriba reseñado- las ilusiones de los hombres no se encuentren absorbidas y paralizadas por el miedo.
